



*El liberalismo y la virtud*  
de Peter Berkowitz\*

Verónica García Rodríguez\*\*

**A** propósito de la serie de corrientes críticas del liberalismo contemporáneo, el libro de Peter Berkowitz, de reciente traducción al español, *El liberalismo y la virtud*, es un texto destinado a insistir en la necesidad de defender la doctrina liberal. El autor defiende al liberalismo partiendo de las complejas e instructivas opiniones sobre la virtud en relación con la política. No sólo por el reconocimiento que tiene el autor, sino por la seriedad con que aborda algunos aspectos de la doctrina liberal, este texto podría considerarse como un material de consulta básico.

No sin razón, los teóricos políticos modernos se enfrentaron a las pretensiones de la filosofía antigua de buscar la realización del ser humano a través de la política. En este sentido, para la filosofía antigua, el desarrollo de la virtud cívica era el objetivo supremo de la política. Según Berkowitz, tal tendencia puede apreciarse principalmente en el aristotelismo, el cual ejerció autoridad durante largo tiempo. Por otra parte, la filosofía política moderna dejó de lado la búsqueda del perfeccionamiento humano a través de la política, para considerar que el fin último de ésta no era otro más que la protección de la libertad personal mediante la constitución del orden social.

Ciertas lecturas de pensadores como Maquiavelo o Hobbes de algún modo han avalado el complicado tránsito del pensamiento político antiguo al pensamiento político moderno. Ya sea porque dejaban atrás toda explicación trascendente de la organización social, ya porque comenzaron a pensar en la política como una esfera de acción autónoma. Según Berkowitz estos autores "...estaban más impresionados por el hecho de que tanto en la filosofía clásica como en la

\* Peter Berkowitz, *El liberalismo y la virtud*, Editorial Andrés Bello, Barcelona, 2001.

\*\* Estudiante de Maestría en Humanidades, línea Filosofía Política, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

religión bíblica había un orden moral trascendente, no sujeto a la elección y voluntad humana, que establecía principios de conducta recta, definía la felicidad y revelaba la perfección del alma” (p. 36).

De acuerdo con el autor, esta tendencia del pensamiento filosófico político moderno cristalizó de forma más inmediata en la tradición ilustrada liberal. Sostiene que la tradición liberal, doctrina política constituida en torno a la defensa de los derechos individuales, lejos de deshacerse de la virtud sólo la colocó en otro nivel. Esto no podría haber sido de otra forma, ya que la doctrina liberal se desdobló en un discurso cívico de la soberanía política expresado en el lenguaje de la virtud.

Berkowitz considera que tanto el discurso liberal como el republicano están condicionados mutuamente, es decir, que se mantienen en una relación difícil pero complementaria. Para él, la virtud es un fenómeno fundamental de la vida política, por lo que cualquier teoría política decente debe hacerle frente en los justos términos. Sin embargo, otras voces como la de los comunitaristas en la década de los ochenta, la de las feministas y de los partidarios de la democracia participativa, han declarado que las deficiencias tanto teóricas como prácticas del liberalismo son el resultado de que se haya obviado, cuando no descuidado, el tema de la virtud.

Bajo la advocación de los dirigentes republicanos, de demócratas comunitaristas y deliberativos, así como de algunos intelectuales interesados en el tema de la virtud, es que se escribe el texto que ahora nos ocupa. Son varios los aspectos que considera en su texto. Por un lado, sus reflexiones parten del acalorado debate en torno al estado actual y futuro de la democracia liberal norteamericana. Según el autor, este debate tiene como telón de fondo el resurgimiento de la virtud cívica, ya que se discute sobre el carácter que tanto ciudadanos como gobernantes de una democracia liberal deben tener para que continúe funcionando. También se debate sobre las virtudes liberales que pueden ser alentadas por el Estado liberal para crear ciudadanos y ciudadanas responsables.

Ya los teóricos de la democracia participativa o deliberativa han señalado los supuestos límites de la democracia liberal. Se presentan como adversarios del liberalismo y declaran que para que la democracia sobreviva necesita de la ampliación de la participación política de los ciudadanos, así como de gobernantes verdaderamente comprometidos con sus gobernados. Consideran que el sufragio no es el único medio para alcanzar una participación ciudadana efectiva. Ésta se manifiesta también cuando los ciudadanos se reúnen en el espacio público para discutir los asuntos que afectan sus vidas privadas. Todo este cuadro implica que tanto ciudadanos como gobernantes cumplen con una serie de virtudes básicas.

Con respecto a la virtud el autor considera que, dentro del debate de la democracia liberal, se han generado dos reacciones, una de adversidad y otra de entusiasmo. Los partidarios de la adversidad se inclinan por la defensa del gobierno limitado. Mientras que quienes simpatizan con el entusiasmo se dejan llevar por

la idea de que la libertad es ya un logro, pero, para poder mantenerla, se necesita de una serie de virtudes que el gobierno debe fomentar. Según él, debe evitarse seguir tanto las tendencias adversas como las entusiastas de la virtud.

La aversión y el entusiasmo por la virtud representan dos tendencias opuestas nacidas en el seno del liberalismo. Cada tendencia, aislada de la otra, refleja una imagen distorsionada del espíritu liberal y, al pasar por alto ciertas facetas del gobierno y la naturaleza humana, genera recetas rígidas y estrechas para la vida política (p. 24).

La propuesta del autor es buscar el justo medio desde donde pueda evaluarse la virtud. Y para ello es menester que ésta sea comprendida como inseparable de su práctica, es decir, en términos de la acción política de los seres humanos. Sostiene que, si lo que los teóricos buscan es un liberalismo más reflexivo y por tanto más flexible, es conveniente que se intente combinar ambas reacciones y evitar cualquier clase de extremismo.

Por otro lado, Berkowitz apunta que dentro del mundo liberal se ha extendido el malentendido de que la virtud fue excluida del trabajo de los principales teóricos liberales y que, en cierta medida, guardan una posición ambivalente respecto a ese concepto. Él no está de acuerdo con tal declaración, por lo que su línea de argumentación está dirigida a aclarar esos malentendidos. "...la tradición liberal a través de diversos y eminentes portavoces afirma que el mantenimiento de un orden político que garantice la libertad personal depende de ciudadanos y representantes capaces de ejercer una gama de virtudes básicas" (p. 24). Justamente, la virtud fue un problema para los liberales clásicos. Y continúa siéndolo para los liberales contemporáneos. Pero esta dificultad no significa que, en la actualidad, la doctrina liberal sea totalmente obsoleta. Berkowitz sostiene que la tradición liberal aún contiene el potencial para lidiar con los planteamientos teóricos contemporáneos de la virtud provenientes de las feministas, de los posmodernistas y de los democráticos deliberativos, los cuales han sido considerados los hijos ingratos del liberalismo. Pone énfasis en que la estructura del pensamiento liberal garantiza que la virtud sea un problema duradero dentro del propio liberalismo y difícilmente puede deshacerse de ella. El objetivo central de este texto es:

...distinguir los diversos modos en que la cuestión de la virtud se ha planteado en la tradición liberal. También destaca aquellas consideraciones que, dentro del liberalismo, motivan y constriñen la reflexión acerca de la virtud, e identifica continuidades y diferencias en las respuestas que la tradición liberal ha dado al interrogante de la virtud (p. 15).

En la parte introductoria expone lo que, a lo largo de su trabajo, entenderá por liberalismo. Reconoce que éste descansa sobre la base de los principios de

libertad e igualdad natural de los seres humanos. Por liberalismo Berkowitz entiende una doctrina política cuyo primer objetivo es garantizar las condiciones indispensables para el ejercicio de la libertad personal, la libertad de opinión y expresión. El liberalismo tiene necesidad de reconocer derechos individuales a todos los seres humanos sin distinción alguna, de consentir la tolerancia, así como de la serie de instituciones políticas que resguarden y hagan efectivos los derechos individuales y políticos. Berkowitz se refiere a las instituciones de la democracia representativa y la división de poderes. Para él, lo más importante es señalar que la tradición liberal ofrece amplias posibilidades para reflexionar acerca de las fuentes no oficiales de la virtud como son las asociaciones cívicas, la familia y la religión, que tan drásticos cambios han experimentado últimamente.

Así, lo que el autor intenta demostrar en su estudio es que el liberalismo requiere, para sostenerse, de cierto tipo de virtudes que no siempre alienta y que, por lo regular, tiende a sofocar. La idea general del texto parte de cuatro tesis principales que van ligadas una con otra. La primera de ellas es que el liberalismo requiere, para la realización de su premisa fundamental, la libertad e igualdad natural de los seres humanos, de gobernantes y gobernados poseedores de ciertas virtudes cívicas. La segunda es que el cultivo de estas virtudes ha dependido de instituciones extraliberales o no gubernamentales, las cuales han experimentado profundos y muy variados cambios. La tercera es que los cambios en estas instituciones se deben a la puesta en marcha de los principios liberales. Y, por último, para que el liberalismo siga funcionando se requiere de la ampliación o renovación de estas instituciones consideradas como la fuente de vida de las virtudes cívicas.

Plantea que para el liberalismo contemporáneo el cuidado de la virtud es tan incómodo como inexcusable, lo cual, en principio, encierra un grave problema:

La desproporción entre la necesidad que posee el liberalismo de ciudadanos y funcionarios dotados de virtud y los pasos que los regímenes liberales pueden dar para proteger y promover la virtud produce una inestabilidad permanente (p. 17).

Para intentar resolver este problema, el autor parte del trabajo de un grupo de académicos que han respondido a la acusación de que el liberalismo es incapaz de explicar la importancia moral y política de la comunidad, del bien común y de la virtud. El resultado de las respuestas a esta problemática, por parte de los académicos, ha sido un discurso liberal que afirma que el Estado liberal está en su derecho de intervenir en el aliento de ciertas virtudes que contribuyan al cumplimiento y desarrollo de la libertad y el autogobierno. Sin embargo, Berkowitz cree que el problema no se resuelve así de fácil, pues todo parece apuntar al descuido de la tensión que sufre el liberalismo al momento de otorgar un lugar a la virtud en el seno de sus planteamientos. Inmediatamente surge la siguiente interrogante: hasta dónde está justificada la intervención del poder estatal.

El autor argumenta que para abarcar en toda su complejidad la problemática en la que se encuentra el liberalismo se requiere de un recto entendimiento de la importancia del papel de la virtud y de los medios adecuados que hagan posible su difusión y reproducción. Por otra parte, el funcionamiento de la democracia liberal depende de que las intervenciones autorizadas al gobierno sean deliberadas por los ciudadanos, así como también de los pasos que individuos y asociaciones deben seguir para la conservación de las virtudes que la sostienen.

Berkowitz considera que para realizar un balance de las perspectivas del liberalismo en la actualidad es imperioso remitirse a la lectura de, por lo menos, tres pensadores liberales clásicos: Locke, Kant y Mill. Esta lectura es pertinente también para aclarar la tensión entre la necesidad que tiene la doctrina liberal de mantener la virtud pública y privada, y los límites que le han sido impuestos al Estado para su fomento y desarrollo. Hace una reconstrucción sugerente del pensamiento de cada uno de estos pensadores liberales. Y esto es lo que constituye la parte central de su trabajo. Sin embargo, también hay un apartado dedicado a Hobbes que, aunque no es un liberal por definición, sí es un pensador moderno que destacó, de forma brillante en su teoría política, los vínculos entre la virtud y la buena política. Con dicha reconstrucción, el autor intenta responder a la acusación de que los liberales clásicos no se ocuparon del tema de la virtud. Así, queda plasmada la preocupación de estos pensadores liberales de que en un Estado, basado en los derechos de libertad e igualdad natural de los seres humanos, se requiere de ciudadanos que ejerzan y defiendan sus derechos, así como de representantes capaces de cumplir rectamente con sus funciones.

En la conclusión Berkowitz expone la forma en que la virtud puede ser recuperada y tratada por los estudiosos contemporáneos de la política. Lamenta la serie de prejuicios que existen en torno a la concepción aristotélica de la virtud, ya que podría servir como punto de partida para abordar ampliamente la problemática de la virtud en relación con la política, así como también para mostrar las ventajas y limitaciones del tratamiento que ha dado el liberalismo a la virtud. Ciertamente, reconoce que la virtud es un concepto que tiene una larga historia y, por ende, una variedad de significados; sin embargo, encuentra amplias sugerencias en la formulación clásica de Aristóteles.

Por último, el autor busca reconciliar estabilidad y cambio en la doctrina liberal dentro del marco de la democracia liberal. "Para responsabilizarse más por la virtud o al menos abstenerse de las prácticas que la subvierten, se requerirá tanta moderación como vigor por parte de los regímenes liberales" (p. 216).